

ESTAMPAS CARTUJANAS

Por ANTONIO GONZALEZ

Por especial deferencia de su autor recogemos algunos capítulos de este libro, «Estampas Cartujanas», reciente y ya con dos ediciones y los mejores elogios. En él, Antonio González rompe con las interpretaciones románticas y con todos los tópicos de lo tétrico para darnos un retrato de La Cartuja «por dentro», visión clara y propia de las más profunda vida espiritual, en una prosa llena de emoción transparente y de alta calidad estética.



El 21 de julio de 1483, veintinueve años justos desde la muerte de don Juan II, subiendo la penosa cuesta de la Cartuja, hizo la Reina Isabel su primera visita a Miraflores. No la acompañaba Don Fernando, ocupado en la guerra

contra los moros de Andalucía. Ante la puerta del Monasterio hubo de advertirle el Prior don Juan de Temiño, que en la Cartuja estaba terminantemente prohibida la entrada a mujeres. Al punto le contestó la gloriosa reina: «Lejos de mí, Padre Prior, que por mi causa sufran alteración las leyes de vuestra santísima Orden». Dicho lo cual, se retiró de los dinteles del Monasterio.

Como su objeto era venerar los restos de su padre, se levantó la losa de mármol que los cubría; sacaron los religiosos el féretro fuera de la clausura y ante su vista se postró a orar la magnánima reina. Regresó a las Huélgas, donde se hospedaba y al día siguiente hizo su entrada, con gran solemnidad, en la ciudad de Burgos. La tela de tisú de oro del palio bajo el cual fué recibida la envió de regalo a la Cartuja de Miraflores.

A su interés y generosidad se debió, después de curiosas vicisitudes, la terminación de las obras de este admirable templo. Hoy, en el atrio del mismo, se lee una inscripción latina que los monjes dedicaron a la hija del monarca fundador; gratitud perenne de la Comunidad, a la egregia señora: «Quorum memoria apud hujus Cartusiae alumnos, in perpetua erit benedictione».

Justamente merece esta gran reina ser tenida y considerada como fundadora de la Santa y Real Cartuja de Miraflores. Honróse con ello levantando templo a su Dios, sepulcro a sus padres, cobijo y asilo a la venerable Comunidad que ha conservado en este Monasterio, a través de los siglos, la tradición y el espíritu de la Regla de San Bruno.

Una crasa ignorancia de lo que es la Cartuja ha creado en torno a ella y a la vida de sus monjes una leyenda tan falsa como disparatada acerca de su rigidez y austeridad. Es frecuente oír, entre personas cultas y bien intencionadas, los consabidos tópicos de que los cartujos cavan diariamente su sepultura, se saludan con frases que renuevan constantemente el pensamiento de la muerte y que su silencio les obliga a comunicarse por señas. Esto, unido a

otras vulgaridades y leyendas de un romanticismo enfermizo, ha presentado a los cartujos como unos seres extraños que, siempre mudos y absortos en el pensamiento de la muerte, terminan por aborrecer la vida.

Nada más lejos de la realidad. Ochos días de retiro en Miraflores siguiendo la distribución de los cartujos, me han permitido observar esta vida, mezcla feliz de la vida monástica y de la eremítica. De la primera, tiene la ventaja de la obediencia y sujeción a los superiores; de la segunda, la soledad y el silencio, que ayudan al alma al trato íntimo con Dios. Y están obviados en ella los inconvenientes del trato continuo con los hombres y el peligro de gobernarse cada uno a su capricho.

Su Regla es modelo de prudencia, en su conjunto y detalles, lo mismo en lo que se refiere a la vida de soledad como en lo que se relaciona con la vida en comunidad. Consagrados por entero a la oración y al canto del oficio divino, con una sabia distribución, no pueden menos de santificarse aquí quienes, llamados por esta vocación, la practican sinceramente.

La Cartuja, por dentro, es austera, pero alegre. Los religiosos que en ella se santifican lo son también; con esa alegría santa, con esa paz y esa circunspección que da la práctica de las virtudes. Los temperamentos tristes y melancólicos han dado aquí siempre medianos resultados. Y hace falta, desde luego, la especial vocación, sin la cual no es posible resistir esta vida. Pero observándola, al detalle, y tratando con quienes la practican, se puede sentar esta afirmación que acaso llame la atención de muchos lectores: La Cartuja es alegre; con una alegría sin contrastes, equilibrada y serena, que no derrama los ojos ni el espíritu.

Hay en la mirada de estos monjes una clara placidez de aguas tranquilas y, al propio tiempo, un especial fulgor de transparencia. Es como el reflejo de la paz, de la alegría y del fervor de su vida interior; ese resplandor sobrenatural que irradian, también al exterior, las almas que en la plenitud de su vocación han roto toda clase de ligaduras con la tierra, viviendo de Dios sólo y sólo para Dios.

Los cartujos dividen la noche en vigiliat y el día en partes de tiempo de semejante duración. Aquí empieza el día cuando en las demás partes acaba. A las once menos cuarto de la noche se levanta el cartujo. Después de recitar «Maitines y Laudes» de la Virgen, en su celda, asiste en la iglesia a los oficios de «Maitines y Laudes» del día, que suelen durar hasta las dos o las tres de la madrugada. Dice luego



en la celda, «Prima» del Oficio de la Virgen y se acuesta hasta las seis menos cuarto. A las siete suena de nuevo la campana y los religiosos vuelven a la iglesia. Previo un cuarto de hora de adoración al Santísimo, seguido de las letanías de los Santos, asisten a la Misa conventual. Después los sacerdotes van de dos en dos a las capillas donde dicen su misa rezada, ayudándose mutuamente. Y ya no vuelven al Coro hasta la hora de «Vísperas», a las tres de la tarde.

La distribución de la vida que hacen en la celda es muy minuciosa. Rezan en ella las demás horas del Oficio y el de la Virgen; lectura espiritual, estudio y otras devociones.

La soledad y el silencio forman como el ambiente propio dentro del cual se desenvuelve la observancia cartujana. Su vida es una oración variada y no interrumpida. Y si de algo se quejan los cartujos es de la rapidez con que el tiempo pasa.

Los domingos y fiestas de Capítulo, los Padres suelen tener en común una hora de recreo. Sabia y prudente medida del Estatuto cartujano, profundo conocedor del alma humana y de los peligros que la soledad y la incomunicación absolutas pueden acarrear, incluso a estos hombres llamados a vivir en las excelsas cumbres de la vida contemplativa.

Un día a la semana, el lunes generalmente, los cartujos salen fuera de la Cartuja para dar un largo paseo de varios kilómetros por el campo. Y desde que abandonan la Cartuja hasta que regresan a ella hablan entre sí.

Su alimentación es muy sobria. Nunca, ni por ningún motivo, toman carne. No hay desayuno. A las once, comen y tienen luego, en su celda, una hora de esparcimiento que dedican, según su gusto o afición, al paseo por su pequeño huerto, al cultivo de sus flores, a algún trabajillo manual. Entre cuatro y media y cinco, se toma la cena, si no es día de ayuno; la «colación», cuando lo es. Además de los ayunos de la Iglesia, guardan todos los de la Orden, que prescribe su Regla. Sin embargo, la salud de estos hombres es excelente, llegando en su mayor parte a edades muy avanzadas.

A esta frugalidad, precisamente, se atribuye en gran parte, la salud que en la Cartuja suele disfrutarse y la longevidad extraordinaria de los cartujos, que llama tanto la atención de las gentes. Cuando el Papa Urbano V pretendió suavizar la austeridad de su Regla, en puntos tan esenciales como la soledad y la abstinencia, los cartujos enviaron al Santo Padre una comisión para suplicarle que desistiera de semejante intento. Pero ¡qué comisión! La formaban veintiocho religiosos, el más joven de los cuales contaba ya sus ochenta y ocho años...

La vida penitente de estos monjes edifica a las almas sinceramente cristianas, espanta a las tibias o ignorantes y desorienta con frecuencia a los hombres sin fe que no aciertan a comprenderla.

Asombran sus mortificaciones exteriores: los ayunos, la perpetua abstinencia de carnes, la interrupción de su sueño a medianoche, su soledad, su silencio, el rigor de sus disciplinas. Mas hay que advertir que todas estas penitencias, dirigidas con prudencia, no se encaminan a destruir la naturaleza, lo cual sería pecaminoso y hasta absurdo, sino a someter la carne y las pasiones al dominio de la recta razón y del espíritu. Cercenando a su cuerpo todo lo superfluo, sometiéndolo a lo estrictamente indispensable, su espíritu se prepara para ese libre y majestuoso vuelo que se requiere para entrar en las altas regiones de la Contemplación y acercamiento a la Divinidad.

Ojos miopes, muy dados al utilitarismo, se han lamentado a veces, de la inacción de estas inteligencias y encías que, sometidas a la práctica de su Regla, no pueden dedicarse a ningún ministerio exterior: predicación, confesión, enseñanza, etc., considerando esta vida como obra de un estéril egoísmo. ¡Error profundo el de esta visión de la vida contemplativa!

La vida cartujana tiene una importantísima misión que llenar dentro de la vida misma de la Iglesia. Su extraordinario valor ha sido estimado y elogiado por los romanos Pontífices. Estos monjes, encerrados en la soledad de sus celdas, practicando durante toda su existencia la oración y la penitencia, ejercen, dentro de la economía de la Iglesia, un ministerio apostólico, tan útil y necesario por lo menos como el que realizan los religiosos de vida activa.

Si el ministerio exterior de acción que constituye la base y fundamento de la organización de la Iglesia, instrumento ordinario de sus conquistas, opera cerca de los hombres distribuyendo entre ellos las influencias del poder divino,

este otro que pudiéramos llamar ministerio de unción divina de las órdenes contemplativas, en íntima comunicación con Dios, es el que obtiene de su divina Bondad lo que el ministerio activo tiene el encargo de distribuir.

He aquí la misión sublime de estos monjes.

Cargadas de historia, de arte y de nobleza, están estas venerables piedras de Miraflores que evocan un pasado de grandeza y de fe, el más esplendoroso de la Historia de España, pero saturadas sobre todo por el aroma de las virtudes heroicas de tantas generaciones de monjes que aquí maceraron su carne y divinizaron su espíritu, siempre sometidos a una disciplina y a una Regla nunca reformada, porque nunca sufrió deformación. Conocido es el axioma: «Cartusia nunquam reformata...» Hecho quizá único en la historia de las antiguas Ordenes monásticas.

Y ¡qué fuerza de convicción encierra a través de los siglos y ante la conmoción de la guerra más espantosa, por sus medios de destrucción, que ha conocido la historia, el mote del escudo cartujano: «Stat Crux dum volvitur orbis!...».



En estos días de noviembre —avanzada del invierno— Miraflores va cobrando un carácter aún más austero. Los grandes árboles de La Quinta y de la explanada exterior de la Cartuja se desnudan de hojas. Un sol otoñal ilumina

los contornos de la crestería, de las gárgolas y pináculos de la iglesia y pone, aquí y allá, pinceladas ocre y amarillas sobre los musgos viejos y en las hojas que aun permanecen adheridas a las ramas. Un halo gris, que tiende a envolverlo todo, desdibuja en la lejanía el perfil de los montes.

El frío ciñe este paisaje castellano y castiga la tierra, las aguas y la vegetación cubriéndolas de escarchas y de hielos. El día es despejado y, sin embargo, este sol burgalés no pasa de ser una bella ilusión cuyo calor hay que buscar a través de las galerías encristaladas. Porque la temperatura descendió anoche cuatro grados bajo cero y todavía, mediada la mañana, las cisternas aparecen cubiertas de una espesa capa de vidrio.

En el atrio de la entrada forma grupo con sus parientes, que han venido a visitarle, un monje cartujo, joven aun. Por la puerta de la clausura asoma el Hermano Melchor. Siempre fino y sonriente me conduce hacia la celda prioral. Respondiendo a mis preguntas, el anciano me va informando de las novedades de la casa:

—La salud es excelente; el médico no ha pisado estos claustros. El Padre Procurador y el Hermano Bruno, ¿no lo sabe?, han sido trasladados a la casa de «Aula Dei». Sí, sí; así lo han dispuesto los superiores...

Y siento la ausencia de estos dos excelentes religiosos y amigos que, por razón de sus cargos, eran los que más trato mantenían con los visitantes.

El «Procurador» es, en las Cartujas, el encargado de administrar los bienes del Monasterio bajo la dirección inmediata del Prior. Es, al mismo tiempo, el superior inmediato de los Hermanos, a quienes atiende de un modo especial. Sirve la comida en los días que los religiosos comen en el refectorio y tiene la misión de proveerles de todo aquello que la Regla les concede. En unos graciosos papelitos he visto alguna vez sus curiosas peticiones.

Don Miguel ha sido aquí el Procurador modelo. Afable y diligente, ponderado en el juicio, sencillo como un niño y hasta ingenuo al parecer, estaba en todos los detalles. Tenía esa discreta perspicacia que penetra en seguida la condición de las personas: golpe de vista certero e indispensable en quien, por razón del cargo, recibía en la Cartuja tantas visitas y de tan variada condición. Su natural deseo de reintegrarse a la vida de retiro y soledad en la casa de su profesión, después de once años de meritosísimo servicio, ha sido esta vez estimado por sus superiores.

Ahora que, recluso en la soledad de su celda, no tiene la obligación de tratar con las gentes, me atrevo, sin herir su modestia, a dedicarle este recuerdo cordial.



N Miraflores—que se rige por la hora solar—van a dar las doce. Frente al arco que desemboca en el pequeño claustro, cruza ante nosotros una fila de encapuchados. Visten hábito pardo; alguno que otro, de blanco, deja aso-

mar bajo la capucha unas floridas barbas bíblicas. Son los Hermanos legos. Pasan en silencio, llevando cada uno una tosca caja de madera que contiene su comida; y se pierden en un largo corredor a cuyo lado se abren sus celdas y los obradores donde realizan su trabajo: el lavadero, la sastrería, la carpintería... Les llaman aquí las «obediencias», y ocupan toda esta parte del Monasterio.

Dispensados de algunas partes del oficio, estos Hermanos atienden a las necesidades indispensables de la vida de la Comunidad, verdaderos especialistas algunos de ellos en sus pequeñas industrias. Me consta que lo son en la elaboración de quesos y en el cultivo de la apicultura, que gozaron de antiguo en Miraflores especial y merecida fama.

La Regla cartujana, código minucioso en sus detalles, se ocupa también de estos oficios—«de coquinario et dispensatore, de sutore, de fabro...»—que a la vida de los cenobios cartujanos, alejados por lo general de los núcleos urbanos, resultaba indispensable entonces y siempre conveniente a la economía doméstica y a la soledad y al retiro de su vida. La ganadería y la labranza quedan, en los Estatutos, a la prudente discreción del Procurador.

Padres y Hermanos forman, en realidad, dos comunidades bajo el gobierno de un mismo Prior, en quien reside toda la autoridad y la facultad de elegir y nombrar para todos los cargos y oficios. En el claustro, en la iglesia, en el refectorio, tienen los Hermanos celdas, coro y comedor separados de los Padres. Pero unidos a éstos por el lazo común de los votos y la mutua comunicación de servicios materiales y espirituales, que recíprocamente se prestan mientras viven, tienen al morir los mismos sufragios.

Los Hermanos legos están un año de «postulantes» y otro en el noviciado de «donados», después del cual hacen la promesa que llaman «donación». Por ella se «donan», es decir, se entrega el postulante al servicio de la Orden. Los que aspiran a mayor perfección comienzan cinco años más tarde el noviciado de «conversos», que dura otro año. Sigue la profesión de votos simples, que dura otros tres, al cabo de los cuales hacen su profesión de votos solemnes. Once años de prueba en este género de vida parecen suficiente garantía en la seguridad del paso definitivo que entonces han de dar.

La regla del silencio obliga a los hermanos lo mismo que a los Padres y también las demás observancias, cuya rigidez admite en algunos casos cierta mitigación. Su vigilia nocturna es más corta; los ayunos no tan rigurosos; todo en consideración al trabajo que tienen que soportar. Pero los domingos y días festivos son, en cambio, para ellos, de absoluto retiro y silencio en las respectivas celdas. Es la ley de las compensaciones.

Los «conversos» visten hábito blanco con cogulla más corta y sin banda. Los «donados» lo tienen también blanco para los días festivos; pero el ordinario es de color pardo. Aquellos llevan la cabeza rasurada sin cerquillo y unas barbas que crecen sin limitación. Son los famosos «barbones» de los que hablan las viejas crónicas.

—¡Qué día trae usted!—dice el Prior, paseando de un lado a otro en el «Ave María» de su celda.

—Sí, hace un frío que penetra los huesos.

Me place descubrir en el fondo humano que también en estas almas desprendidas de todo, acrisoladas por la virtud, acusa la reacción de los efectos y sentimientos del corazón. Porque el Prior de Miraflores no puede ocultar su pena por la ausencia del que ha sido hasta ahora su Procurador y su fiel colaborador en el gobierno y la administración del Monasterio.

Hoy me hace el honor de acompañarme en la Hospedería.

El Hermano Luis cumple los buenos oficios que llenaba aquí nuestro Hermano Bruno, con su graciosa seriedad, sus grandes zancadas y sus tropezones con el castellano. El Hermano Luis tiene la sonrisa a flor de labios y una expresión más que inocente, candorosa. No podían haber encontrado para él nombre más propio.

—Aquí tenemos calefacción natural—dice el Padre Prior, con su habitual humor.

El sol, a través del doble vidrio de la ventana, parece como si quisiera entibiar la estancia.

Miro hacia el exterior. El Hermano Jacinto, con sus ochenta años, su calva brillante y sus luengas barbas va y viene acarreado leña. Encorvado más por los años que por el peso de la carga, lleva sobre el hábito de converso un amplio delantal y unos grandes manguitos de mahón azul. Sale de un cobertizo con un cesto grande, repleto, que lleva hasta las dependencias de la cocina: descarga rápidamente y vuelve por otro, y otro, y otro que alguien sin duda carga dentro, porque las idas y venidas se suceden sin darle un punto de reposo.

Me admira la energía del anciano y comento con el Prior el afán que ponen en el trabajo todos estos Hermanos.

—Son admirables—dice—y además angelicales. ¡Oh!, cómo me río y disfruto cuando charlo alguna vez con ellos. Son almas sencillas, verdaderamente infantiles.

—¿A qué se ha dedicado, Hermano, durante los cuarenta años que lleva en la Cartuja?—le preguntaba días atrás a uno de ellos.

—Pues mire, Padre: quince años en la zapatería, diez en la cocina, ocho en la huerta... y otros tantos a remendar cáligas y esarpines.

—¡Anda, anda! Menuda responsabilidad cuando llegue el día de la cuenta y le pregunte el Señor por sus trabajos en el mundo!

Luego, en la celda prioral, nuestra sabrosa plática se ve pronto interrumpida por la campana que llama a Vísperas. Me despido y entro en el coro con los monjes.

La iglesia de Miraflores tiene a esta hora de la tarde una luz clara que arranca reflejos a los oros viejos del retablo y destaca sus fondos azules. La salmodia se inicia con el tono reposado y austero que he oído tantas veces. Terminado el primer salmo, salgo de allí por el Coro de los Hermanos. Aun me vuelvo tras de la reja y me quedo unos momentos contemplando la armoniosa perspectiva de este magnífico templo.

Cuando llego a la puerta de salida, que está entornada, tropiezo con una mujer que, en unión de una joven, escucha desde fuera con atención el canto de las Vísperas. Voy instintivamente a cerrar, cuando la mujer se dirige a mí y con tono de súplica me dice:

—Señor, haga el favor de no cerrar... Tengo ahí un hijo cartujo cuya voz estoy oyendo...

Y lo dice en un tono y con una emoción que no puede menos de impresionarme. Representa unos cincuenta y cinco años. Lleva en la cabeza un paño negro. Viste modestamente al estilo de los labradores acomodados de Castilla. En seguida reconozco en ella a una de las personas que formaban el grupo que hallé a la entrada.

—Ah, ya le conozco—digo.—Es don José María. Suele ser el primero que aparece en la iglesia cuando llama la campana a los actos de Coro. ¿Es hijo único?—pregunto.

—No, señor. Tengo varios. Tengo otro, sacerdote, y otra, novicia en las Carmelitas de aquí, de Burgos, y siete más en casa.

La salmodia de los monjes, remontando la bóveda, llega hasta nosotros como un eco lejano. De pronto se escucha la entonación de una antifona y la mujer exclama:

—¡Mire, ése es! ¡Esa es su voz!... Y el alma se le escapa por los ojos humedecidos.

No sé ni lo que le he dicho, ni cómo me he despedido de ella. Quería decirle algo amable y la voz se me ahogaba en la garganta.

—Como está prohibida la entrada de las mujeres en la iglesia durante el oficio—me explica el Hermano Melchor—nuestro Padre Prior, por una concesión especial en este caso, las ha autorizado a oír desde la puerta.

—¡Ah!, ya...

¡Admirable y doloroso sacrificio el de la vocación religiosa que así une en Cristo y separa en la tierra a los hijos de sus propias madres!

